

James Lockhart, *The Nahuas After the Conquest. A Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*, Stanford, Stanford University Press, 1992, 649 p.

Para quienes trabajamos la estructura del poder colonial, especialmente en la Nueva España del siglo XVI, es claro que el impacto de la conquista y colonización desorganizó de distintas formas la sociedad indígena. Las descendentes cifras de la población nativa, la introducción del cabildo indígena, la reestructuración de la propiedad y tributo prehispánicos, entre otros elementos, fueron algunos de los dramáticos cambios sufridos por las comunidades conquistadas.

Sin embargo, los estudios de los procesos generales no toman en cuenta los matices de las adaptaciones que la población dominada fue creando en su obligado intercambio con el mundo español. De tal manera cabe preguntarse ¿qué ocurrió con las diversas culturas ante estos cambios?, de qué manera se reprodujeron a lo largo del período colonial? y ¿cuál fue la dinámica del cambio y de la permanencia de su organización social y cultural?, preguntas que historiadores, etnohistoriadores, antropólogos y lingüistas comienzan a estudiar. Dichas aproximaciones han descubierto la importancia de utilizar las numerosas fuentes elaboradas por los mismos indígenas para avanzar en el conocimiento de sus prácticas, creencias y organización a lo largo de la colonia.

Conocido desde hace más de veinte años por su interés en la historia social, James Lockhart ha continuado y ampliado las líneas de investigación trazadas preeminentemente por Charles Gibson, Luis Reyes y Pedro Carrasco. De Reyes y Carrasco recuperó la necesidad de interrogar la “documentación mundana”, el término acuñado por Lockhart para denotar toda esa escritura instrumental de los nahuas del centro

de México, con el fin de reconstruir los procesos locales de cambio y continuidad de diversas comunidades. En este esfuerzo Lockhart ha estado acompañado de sus discípulos Hasket, quien trabaja Cuernavaca, Wood que estudia el Valle de Toluca, y Horn que aborda distintos problemas de Coyoacán.

En su más reciente libro, *The Nahuas after the Conquest*, James Lockhart ofrece un trabajo de síntesis de esta forma de reconstruir aspectos de la historia que escribieron los nahuas: la relativa a la organización interna de los estados étnicos, los llamados en náhuatl *altepetl*; de los vínculos que mantenían estas corporaciones con los ordenamientos jurídicos de control hispánico, así como las formas de vida que se sucedieron durante la colonia. Del mismo aliento que el emprendido por Gibson en *Los aztecas bajo el dominio español* (1964), en *The Nahuas after the Conquest* se obtiene un panorama inédito a través del estudio de las fuentes indígenas. Gracias a una atenta lectura, Lockhart descubre aspectos políticos, sociales, territoriales y religiosos en los primeros seis capítulos; en los últimos tres expone un análisis de las formas del lenguaje: el cambio lingüístico, los sistemas de escritura y los géneros de escritos en náhuatl. El décimo y último capítulo lo dedica a las conclusiones.

Delimitado temporalmente por los propios registros documentales existentes en náhuatl, y que van de los años de 1545 a 1770, el autor propone observar el mismo lenguaje de los textos, a través del cual se puedan encontrar regularidades importantes respecto a la sociedad y la cultura. Con esta documentación descubre una multitud de conceptos sutiles que señalan, de diversos modos, los sistemas de ideas de la post-conquista. Los cambios en los usos lingüísticos, en las formas lexicales y sintácticas, en el empleo de las categorías religiosas o económicas, en la terminología de parentesco o de jerarquía social, le permiten distinguir tres etapas en la historia del idioma y de la sociedad que lo empleó.

Esta periodización ya había sido planteada en el estudio específicamente lingüístico de los efectos del contacto entre el náhuatl y el español. Junto con Frances Karttunen realizó una descripción de los cambios fonológicos, léxicos y sintácticos que aparecen en los documentos nahuas a partir de la frecuencia de palabras españolas utilizadas (Karttunen y Lockhart, *Nahuatl in the Middle Years...*, Berkeley, University of California Press, 1976). Los resultados muestran cambios de tendencias en la sucesión de tres etapas en el contacto lingüístico español-náhuatl; desde el momento de los primeros contactos hasta 1545-1550; la segunda que se extiende hasta 1650 y la tercera etapa, de límites menos precisos, la sitúa hacia 1800. Sin embargo, en el séptimo capítulo de *The Nahuas after the Conquest*, además de hacer una descripción pormenorizada de los cambios lingüísticos, Lockhart elabora una

interesante interpretación sobre sus correspondencias con los cambios sufridos por la sociedad indígena en otros ámbitos institucionales.

En los primeros veinticinco años del contacto, las únicas palabras en español incorporadas fueron nombres propios —no hay que olvidar los bautismos masivos— y el título de marqués, que era el nombre más difundido de Hernandó Cortés. Por el contrario, el náhuatl muestra una gran vitalidad al servirse de sus recursos morfológicos y semánticos para nombrar las acciones y objetos introducidos por los españoles. Se inventaron nuevas expresiones o se les dotó de un nuevo significado a las antiguas, a través de la extensión semántica o usos metafóricos. Un dato curioso y revelador es que dos de las palabras nahuas que modificaron su significado fueron *maçatl*, “venado” para referirse al caballo y *tepoztlí*, originalmente el nombre del cobre, pero que se empleó con el sentido de hierro o cualquier metal no precioso. En palabras de Lockhart, “difícilmente es accidental que las dos grandes identificaciones/extensiones de la primera etapa tuvieran que ver con el hierro y el caballo, los dos rasgos de la cultura del Viejo Mundo que hicieron posible la conquista de América”. (p. 272).

En este tiempo se produjo poca documentación, en contraste con el volumen creciente a partir de 1545-50. En la primera etapa los cambios fueron catastróficos y violentos, pero la escasa interacción cotidiana entre españoles y nahuas se tradujo en un mínimo impacto en los conceptos, técnicas o formas de organización tradicionales.

Entre los años de 1550 a 1640 hay una adopción masiva de palabras en español, de acuerdo con los principios generales del cambio lingüístico, es decir, lo primero que los nahuas adoptaron fueron los nombres —o palabras interpretadas como tales— de las más diversas clases semánticas, pero proporcionalmente sobresalen los nombres de plantas, frutas, animales y de diversos utensilios e instrumentos, en cuanto a nombres concretos; entre los nombres de carácter abstracto, Lockhart incluye la caracterización de los individuos —las nuevas clasificaciones de funcionarios, títulos, profesiones o grupos étnicos—, los conceptos religiosos, así como los nombres de fechas y medidas. En este siglo, la penetración de las instituciones e intereses españoles se extendió a rincones cada vez más alejados del centro de México con el consiguiente incremento del contacto cotidiano entre ambas poblaciones.

Finalmente, la tercera etapa abarcaría aproximadamente de 1640 hasta llegar al final de la colonia, con ritmos diferenciados regionalmente. En esta fase el náhuatl no perdió su carácter, ni su estructura básica, pero ahora estaba saturado de elementos de origen español. Se introdujeron otros elementos léxicos además de nombres, tales como verbos, partículas sintácticas y se calcaron expresiones, modificaciones

que afectaron ciertos procesos gramaticales y de pronunciación. Para estos momentos, un importante número de nahuas era bilingüe y la documentación muestra el abandono de la terminología nativa para denotar los rangos sociales, políticos y de parentesco, así como la elaborada retórica náhuatl, que también fue decayendo.

Este análisis lleva a interesantes hipótesis. A partir de la idea de que el lenguaje es la superficie que refleja los cambios concomitantes en las formas de vida de sus usuarios, Lockhart propone que puede existir un vínculo entre estos cambios lingüísticos y las formas de apropiación del trabajo indígena. De tal forma, en la primera etapa los españoles consiguieron trabajadores indígenas por vía de la encomienda. Este sistema redujo al mínimo el contacto y el cambio. La segunda etapa coincide con la decadencia de la encomienda y el surgimiento del repartimiento, dándose un mayor contacto entre españoles e indios. Por último, durante la tercera etapa, el repartimiento decae. Los arreglos se hacían entre particulares y los indios habían aprendido lo suficiente acerca del mundo hispánico para poder entenderse con los españoles sin necesitar apoyo corporativo.

En los otros dos capítulos dedicados a las formas lingüísticas, la atención se enfoca en los sistemas de escritura y en los géneros narrativos. La documentación en náhuatl es también el testimonio de la aparición de nuevos imperativos de escritura entre los pueblos mesoamericanos, los que se fueron instaurando gracias a esta forma de expresión y a la penetración de las diversas instituciones españolas. Los *amoxtlatlamachilli* o pictografías de tiempos prehispánicos se reservaban al registro del tiempo en su dimensión sagrada y ritual; a la elaboración de genealogías reales, de anales de algunos altépetl y se tienen ejemplares del registro de conquistas y tributos. Con la llegada de los españoles, los indígenas aprendieron a utilizar el registro alfabético para aquéllo que antes se bastaba con la oralidad. Los nahuas se sirvieron del alfabeto para consignar los *huehuetlahtolli*, “la antigua palabra” o el conjunto de discursos y enseñanzas que conforma el libro VI del *Códice Florentino*; para legar bienes, recaudar impuestos, fijar límites territoriales, levantar censos de poblaciones o de miembros de cofradías, hacer peticiones o bien para elaborar las crónicas de sus antepasados que justificaban la ocupación de un territorio. Si bien la escritura pictográfica se adaptó a las nuevas condiciones, elaborando complejas formas para escribir los nombres cristianos, aparece fundamentalmente en documentos pertenecientes a los géneros desarrollados desde la época prehispánica. En las listas de tributos o escritos históricos, se incluyen pictografías junto con escritura alfabética, pero las limitaciones propias de esa forma de registro se subordinó desde la segunda mitad del siglo XVI.

Además de la documentación mundana, con la que Lockhart recrea la vida de los nahuas en los primeros capítulos, en el noveno se detiene en la caracterización formal y temática de los géneros narrativos propiamente dichos. Los anales, los cantos, los dramas religiosos usados con fines de conversión y los llamados “títulos” de pueblos, cuyo interés radica en la compleja conjunción de elementos realistas y míticos.

En lo relativo a la descripción del hasta ahora enigmático altépetl o “estado étnico”, Lockhart nos lleva a reflexionar cómo en la etapa prehispánica los llamados “imperios” eran conglomerados de pueblos en los que algunos altépetl eran los dominantes y otros los subordinados. La unidad que daba o recibía el tributo era siempre el altépetl; con la llegada española el altépetl no desaparece, al contrario, toda la organización de control sobre las comunidades indígenas como fueron la encomienda, las parroquias, los cabildos y las primeras administraciones jurisdiccionales fueron sólidamente construidas sobre él.

En concordancia con las investigaciones de Luis Reyes, Lockhart explica cómo el término calpulli prácticamente no aparece en la documentación nahua, a diferencia del término altépetl que constantemente aparece. Para el autor, el calpulli es en realidad un microcosmos del altépetl. Por otra parte, la provincia se subdividía, a su vez, en varios altépetl y en ésta cada uno jugaba un rol organizativo semejante al que tenía el calpulli en los altépetl sencillos. En este capítulo analiza también distintas formas de gobierno local y explica la manera en que se dio una combinación de sistemas de gobierno en el área legal; cómo éste se mantuvo y sobrevivió en sus líneas principales desde su definición, hacia 1580, hasta la etapa independiente en pleno siglo XIX.

A lo largo del tercer capítulo el autor analiza la terminología y constitución de la familia y hogar en su sentido amplio, como unidad doméstica. En la documentación en náhuatl se observa que los linajes indígenas tienden a permanecer sin nombre y sin explicación de su origen. De hecho, en náhuatl la noción de familia pone el énfasis más bien en el lugar donde cohabita una serie de personas y no se fundamenta la asociación en las relaciones de parentesco. Esto podría traducirse como la noción de “hogar”. Además presenta la terminología que denota y define los edificios que componían el complejo de casas y la dificultad por falta de fuentes para conocer hasta qué punto la influencia española afectó la organización de la unidad doméstica indígena. La temática tratada le lleva a estudiar también la terminología náhuatl de parentesco y los diferentes tipos de interacción que ocurrían al interior de la familia.

El cuarto capítulo se aboca a lo que fue la diferenciación social en el mundo nahua de la postconquista. Una situación queda clara: en nin-

guna parte de la documentación en náhuatl se puede observar que se hable de una sociedad indígena igualitaria, como han querido ver algunos estudiosos. Por lo tanto, en esta cuestión no hubo sorpresa para el español: el mundo nahua estaba claramente estratificado en indios del común y nobles, distinción que era compartida de origen por el grupo conquistador europeo. De la documentación en náhuatl, Lockhart desprende el siguiente cuadro: la distinción entre indios nobles y del común no formaban sólo dos estratos sino que, al interior de cada uno, existían numerosas subdivisiones que eran la base de la vida política y social del altépetl. Las subdivisiones de categoría social en los registros nahuas no son simples ni tampoco rígidas y en opinión del autor siguen el patrón de estamentación de toda sociedad sedentaria agrícola.

Es importante señalar que el autor observa que las categorías sociales de la preconquista sobrevivieron hasta principios del siglo XVII, situación que va a la par de un proceso iniciado en la segunda mitad del siglo XVI para homogeneizar en una sola categoría social a la población indígena. A pesar de este intento, Lockhart muestra que pese a la desaparición de algunas categorías sociales nahuas aparecen otras y, aunque sin nombre específico, algunas importantes distinciones sociales continuaron después del siglo XVII.

Ocupan el quinto capítulo de esta obra, los asuntos relativos a la propiedad, la tierra y el sustento. A partir del tipo de fuentes y de su abundancia, queda claro que el problema de la propiedad indígena era uno de los asuntos de vital importancia y el origen de numerosos litigios. La importancia de la actividad agrícola en el centro de México determinó que la propiedad territorial fuera el principal factor de riqueza, y la base principal del sistema tributario. Esta situación se aprecia en el elaborado vocabulario y en los diversos procedimientos para clasificar, medir, distribuir y registrar los tipos de terrenos. De hecho, las prácticas prehispánicas relacionadas con la tierra fueron el fundamento del sistema de propiedad colonial, como la organización del altépetl lo fue para la vida política de la postconquista. Entre otros aspectos, Lockhart analiza la administración corporativa de la tierra y su interrelación con la estructura de las unidades domésticas durante el período prehispánico; asimismo encuentra que los nahuas tenían tradiciones muy cercanas a las de los europeos en cuanto a las prácticas de venta y compra de tierras, situación que permitió que inmediatamente entraran en el marco correspondiente a la legislación que introdujeron los españoles.

Para recrear los aspectos religiosos de la postconquista, Lockhart utilizó los testamentos, los libros de las cofradías y los testimonios que develan el verdadero interés de los altépetl por contar con templos cristianos. A través de los testamentos se puede ver que más que una con-

versión a la nueva fe o incluso un apego estricto al dogma, los nahuas hicieron una adaptación práctica de los símbolos católicos. Por ello Lockhart considera incorrecto caracterizar la actitud de los pueblos nahuas frente a la nueva religión con la simplista dicotomía de conversión o resistencia. Como ocurrió con la implantación del sistema político, los patrones nahuas existentes fueron los que lograron que pareciera como mérito de la cruzada evangelizadora la rápida adopción del cristianismo. El *altépetl* tuvo mucho que ver, ya que parte del prestigio e importancia de un *altépetl* era la presencia de ciertas órdenes religiosas y de templos. A los nahuas, de hecho, no se les convirtió a la fe católica —no hay rastro de discusiones teológicas que enfrentaran las creencias católicas y las nativas, y para Lockhart no constituye una excepción el famoso *Coloquio de los 12*—, sino que se les adoctrinó; estaban acostumbrados desde la etapa anterior a incorporar dioses a su panteón, especialmente en las guerras de conquista, sin que ello significara un desplazamiento estricto de los dioses ya existentes.

En esta parte de su obra, Lockhart analiza la relación entre las jurisdicciones parroquiales y la organización del *altépetl*, así como la participación de las comunidades en el culto cristiano, cuyas principales figuras fueron el fiscal y los cantores. En relación a la institución de la cofradía, Lockhart encontró que las cofradías indígenas del centro de México son tardías, poco elaboradas y no tenían una definición clara dentro del esquema organizativo religioso y sociopolítico colonial. Observó, además, que en realidad la cofradía se desarrolló en zonas periféricas, donde, a diferencia de Oaxaca o del centro de México, la organización del *altépetl* o su equivalente no existieron. Finalmente, concluye que los patrones religiosos españoles e indígenas se reforzaron mutuamente, especialmente en los elementos rituales y corporativos.

Por último, las conclusiones de Lockhart son importantes y novedosas, ya que para él fue la naturaleza de la cultura nahua, en relación con la cultura española, lo que determinó la forma y sustancia del cambio. Las meras decisiones españolas de implantar ciertos elementos no hubieran bastado para lograr los resultados deseados. Era necesario que la cultura nahua poseyera estructuras y valores lo suficientemente cercanos a los nuevos elementos españoles para que florecieran en el contexto colonial. Lockhart aborda la composición del *altépetl* y su articulación con el gobierno colonial, junto con las formas de las unidades domésticas, la diferenciación social interna y sus diversos vínculos con la tierra y la producción, encontrando en cada una de estas “unidades corporativas” un mismo principio rector: la organización modular, una “tendencia a crear totalidades cada vez más grandes por la agregación de partes que permanecen relativamente separadas y autocon-

nidas, unidas por su función común y semejanzas, por su lugar en un ordenamiento numérico o simétrico, por su orden de rotación o por los tres [factores juntos].” (p. 436).

Esta importante y comprensiva conclusión sólo podía ser observada en las fuentes producidas por los mismos nahuas y como resultado del contacto cotidiano entre españoles e indios en el curso de actividades rutinarias, a menudo económicas, que fue el vehículo principal de la transferencia cultural. El libro de Lockhart es un inteligente y pionero acercamiento en el que el idioma no sólo es entendido como el instrumento de expresión de una cultura, ni como su puerta de entrada, sino que gracias a James Lockhart la lengua náhuatl se revela, en sus cambiantes formas, como la señal de los modos de vida de los nahuas de la colonia.

MARÍA DEL CARMEN HERRERA M.  
ETHELIA RUIZ MEDRANO